

TRIBUNA DE CASTILLA Y LEÓN

El mágico prodigioso

FRANCISCO OTERO

LA publicación hace unas semanas de *La esfera de humo*, de José Antonio Abella, además del placer de su lectura, de la que luego hablaré, me ha suscitado algunas reflexiones de orden teórico sobre la literatura y la literatura juvenil.

Hasta los años 80 los autores y títulos que se consideraban clásicos para el público juvenil eran Julio Verne, Salgari, Jack London, Los viajes de Gulliver, Robinson Crusoe, Las aventuras de Tom Sawyer, Sherlock Holmes, Episodios nacionales de Pérez Galdós, Plateto y yo, etc.

Estas y otras se consideraban obras canónicas; eran historias bien contadas de mundos reconocibles o imaginables con argumentos realistas que, a veces, llegaban a ser informaciones prácticas. Novelas de aventuras, de viajes, de acción, de expediciones científicas, de terror...

En la década de los 80 se inició primero y se generalizó después una literatura específicamente juvenil sometida a las leyes a imposiciones del mercado que, incluso, ahora, confecciona un *ranking* de los libros más vendidos. Así han proliferado las colecciones dirigidas a un público infantil y juvenil con unos criterios comerciales, con prospecciones para conocer el perfil del lector adolescente y sus gustos literarios.

En estas fechas en las que se pueden regalar libros (en vez de juguetes) nos encontramos con libros para jugar. Es el libro-juguete-espactáculo. Los niños ya no podrán ser regañados por su vicio de leer (no olvidemos que a Don Quijote se le secó el cerebro de tanto leer novelas de caballerías).

En una colección dirigida a los jóvenes, *Arca abierta*, de la editorial Grijalbo Mondadori, se ha publicado *La esfera de*

humo, de José Antonio Abella (Burgos, 1956).

No me parece acertada su impresión en una colección dirigida a los jóvenes, fuera del circuito de la literatura para adultos. Porque toda la narración entrañada con la tradición literaria clásica de la que hablé al principio por su riqueza estilística y por la profundidad de su contenido. Es un recorrido en el que el narrador nos va descubriendo y describiendo a Don Yllán, alquimista de Toledo, capital de la nigromancia medieval, a una tortuga mora que una vez tuvo figura de mujer, a un gato llamado Ptolomeo, una estancia subterránea en la que Don Yllán guarda su secreto, una esfera perfecta de cristal que ejerce su poder sobre el futuro y el presente.

Esta breve enumeración no nos puede dar idea de la riqueza de los símbolos: al alquimista que investiga las transformaciones de la materia para conseguir convertir los metales en oro, que era la condensación del fuego elemental, es decir, el Sol. Los alquimistas establecían una relación misteriosa entre los siete planetas y los metales. El Sol era el oro. Don Yllán tiene dos tesoros, uno es inaccesible para los demás, es su esfera perfecta, metáfora de la Realidad, del Mundo; el otro es su palabra recogida en el *Libro de los aforismos* por el que le quieren condenar a la hoguera las fuerzas del mal y la



intolerancia. El tesoro tiene el prestigio de las cosas inaccesibles, es el secreto químico de la magia. Don Yllán, alquimista y mago, doblado de escritor, de poeta, baja al centro de la tierra, metáfora de la matriz, donde guarda su bola negra, para descubrir el orden de la Edad de Oro. Escribe Mircea Eliade que *la magia pretende la restauración de un orden que hubo, y que no puede volver a existir salvado en los instantes en los que se está haciendo la magia*.

Así, en la obra aparecen muchos sím-

bolos mágicos: el número tres, el número siete; un caldero de cobre (que ya en la época de los celtas servía para realizar ofrendas y que luego se transformaría en Grial). La lechuza, símbolo de la inteligencia; el gato y el ratón, a menudo animales míticos en la literatura.

También hay referencias literarias: Ptolomeo, salvado por Don Yllán como la hija del Faraón salvó a Moisés de las aguas. El nombre de Yusul Benemeti que nos recuerda al Cide Hamete Benengeli cervantino. Referencias a fábulas como el episodio de la transformación de animales en personas y viceversa. Y, sobre todo, el capítulo final El Deán de Santiago, donde además del tema de la ingratitud resalta la maestría de la ilusión mágica que también engaña al lector. Es una paráfrasis del ejemplo XI de El Conde Lucanor, de Don Juan Manuel.

Una novela es buena no por lo que cuenta, sino por la forma de contarla, y la forma, la prosa, el lenguaje de *La esfera de humo*, me parece espléndida por su naturalidad expresiva, por su sobriedad que conjuga admirablemente lo narrativo con lo poético. La mirada del autor sabe ver lo más misterioso de la vida que está a nuestro alrededor y su voz llega a nosotros con palabras que tienen poderes mágicos para llevarnos, sin ningún esfuerzo, al mundo de Don Yllán. En fin, literatura en estado puro y para todos.